

GRANADOS CHAPA

Las mejores tradiciones del Servicio Exterior Mexicano han resultado afectadas en los años recientes por diversas medidas; una hilera de casos, tan sólo en el mes de enero, confirma el descuido en ese ámbito.

PLAZA PÚBLICA

Deslices de la Cancillería

MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Enero comenzó con mal fario para la Secretaría de Relaciones Exteriores. El 4 de este mes murió Carlos Rico Ferrat, ex subsecretario para América del Norte. Y en las semanas siguientes una hilera de deslices han enfermado las delicadas tareas de la Cancillería. Enumero los tres más recientes: la decisión de suprimir la representación mexicana ante la UNESCO; la actitud y los trabajos de la embajada en Puerto Príncipe, ante la tragedia que estruja a Haití; y la designación de un tramposo, inexperto en la diplomacia, como ministro consejero en Londres.

Dejo en manos de Julio César Aragón y Mario Andrade, dirigentes de la Asociación Social, Cultural y Deportiva Mexicana de Rhode Island, la evocación de Carlos Rico como cónsul en Boston, pues tuvieron "el honor de trabajar con él en comunidades mexicanas en el noroeste de Estados Unidos". Luego de esa responsabilidad, Carlos Rico fue ministro de asuntos políticos en la embajada mexicana en Washington y embajador en Israel, de donde pasó a la subsecretaría, que desempeñaba con dedicación y conocimiento, que le venían de su formación en El Colegio de México.

"Siendo cónsul —escriben con notorio afecto y dolor Aragón y Andrade—, él siempre tuvo tiempo para todos. Atendía con cortesía y profesionalismo a quien llegara al consulado y no se intimidaba a salir a comer bocadillos en la calle, con la gente ordinaria, siempre sonriente. Lo consideraba parte de su función como servidor público. Además, le nacía convivir y charlar con todo mundo, intercambiando ideas y escuchando los problemas de los demás. Ese trabajo era lo ideal para una persona tan bondadosa y llena de deseos de ayudar a otros como lo fue él.

"Mientras desempeñaba su labor como cónsul en Boston, el doctor Carlos Rico Ferrat participaba directamente en

eventos comunitarios. De él mismo surgió el concepto de 'Consulado Móvil', cuando decidió instalar dispositivos móviles para tramitar pasaportes y matrículas consulares en áreas remotas, donde personas de escasos recursos pudieran recibir esos servicios sin tener que viajar a las oficinas del consulado. Él siempre representó a su comunidad mexicana en eventos de relaciones públicas. En 1999 estuvo presente en el Capitolio de Rhode Island, y junto a nosotros inauguró el lanzamiento de timbres de correo de César E. Chávez, del servicio postal de Estados Unidos, luego de pronunciar su discurso ante el gobernador Lincoln Almond sobre la gran labor de aquel activista respecto a los derechos del migrante.

"Junto al senador Edward Kennedy, el doctor Rico Ferrat discutió constantemente varios temas que afectan a los inmigrantes mexicanos, como las redadas, las deportaciones, el reunir familias de deportados y sobre el mejoramiento de los servicios de expatriación para aquellos mexicanos que mueren en Estados Unidos".

Con esas apreciaciones se percibe cuánto cuadraba la conducta de Rico Ferrat con las mejores tradiciones del Servicio Exterior Mexicano, muy afectado en los años recientes por medidas de diverso alcance que limitan su calidad y eficacia. Una de las más graves es la decisión de suprimir la representación mexicana ante la UNESCO, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Se ha justificado esa mutilación de la presencia mexicana en el exterior con la necesidad, ciertamente imperiosa, de reducir el gasto público. Pero el mismo objetivo podría lograrse de otras maneras. Se anunció que la embajada en París se responsabilizará de las funciones de la oficina mexicana ante la UNESCO. Lo mismo podría ocurrir con las tareas de la



más reciente y menos prestigiada representación ante la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, la OCDE, que tiene también rango de embajada y los costos correspondientes.

No parece casual la elección de la embajada ante la UNESCO como dependencia a suprimir. En la concepción del actual gobierno, que se pretende modernizador como sus predecesores de la tecnocracia priista, son más relevantes los asuntos económicos, la pertenencia a un club de ricos, que la participación en un organismo que, entre otras muchas relevantes tareas, se dedica a identificar y proteger el patrimonio cultural de la humanidad.

Es posible que la visión cortoplacista de la diplomacia en esta hora ignore el antiguo y fuerte vínculo de México con la UNESCO. Su primer director general, elegido en el momento mismo de la creación del organismo, fue Jaime Torres Bodet, el mexicano excepcional que ya había sido secretario de Educación Pública y lo sería de nuevo después, además de encabezar la Cancillería que hoy incurre en el desliz de cerrar la oficina que representa allí a México. Representaron a nuestro país en ese organismo intelectuales eminentes entre los que cito, de memoria y sólo a título de ejemplo, a Miguel León Portilla, Luis Villoro, Víctor Flores Olea, Pablo Latapí, Agustín Basave Fernández del Valle y el actual, Homero Aridjis, a quien tocará el triste papel de apagar la luz y cerrar la puerta de la oficina. Es verdad que en ella despachó también Luis Echeverría, pero su rango de ex presidente de la República impidió que el

cargo y la función perdieran la prestancia que le dieron sus predecesores y mantenían sus sucesores en general.

Una prestancia semejante ha estado ausente en Haití, donde el terremoto del 12 de enero puso al descubierto la negligencia con que realiza sus labores la embajada a cargo de Everardo Suárez. Errores mayúsculos como dar por muerta a una persona reportada como desaparecida y lo contrario, notificar el retorno a México de una mexicana que ya había muerto, pueden

ser atribuidos a la perplejidad y azoro causados por el terrible sismo. Pero no proviene sino de un mal desempeño la ignorancia de la representación diplomática sobre el número y la suerte de los mexicanos residentes en Haití. La embajada y por consiguiente la

Cancillería misma no han ofrecido cifras ciertas y vacilan a ese respecto. No es una insuficiencia menor. Una tarea principal de los representantes de México en el exterior es brindar protección a los nacionales que viven y transitan en los países en que están acreditados. Malamente se puede cumplir esa responsabilidad si la embajada no cuenta con un censo, un registro que en medio de una tragedia como la que sacude a Haití sirviera para localizar a los compatriotas radicados allí.

Acaso hay excesiva quisquillosidad y aun mal gusto al fijarse, ante las dimensiones de la brutal destrucción de Puerto Príncipe y sus alrededores, en minucias burocráticas. Es que no lo son. El descuido con que se estableció el destino de Gerard Le Chevalier y de María Antonieta Castillo causó dolor a sus fa-

miliares, añadido a la pavorosa incertidumbre en que vivían tras saber del sismo y sus destructivos efectos. El primero fue dado por muerto ante la televisión por el embajador Suárez, sin tener la delicadeza de comunicar el supuesto deceso a su esposa. La segunda, cuyo trayecto en el servicio exterior fue evocado ayer en estas páginas por René Delgado, estaba ya muerta cuando compañeros suyos en la embajada anunciaban a la familia que estaba por abordar un avión de regreso a México.

Peor que esos yerros, indisculpables pero explicables, ha sido la decisión de nombrar ministro consejero de la embajada en Londres a Miguel Ángel Jiménez Godínez, sin preparación ni experiencia diplomática, pero con vínculos políticos que lo hacen incombustible. Cuando los directivos del *Diario de Yucatán* lo denunciaron por presuntos delitos electorales añadieron a su buena fe su desconocimiento de la relación personal de Jiménez Godínez con el ahora embajador Eduardo Medina Mora, que "se lo lleva" a la Gran Bretaña.

Para quedar bien con la familia Mouriño, y por ende con el presidente Calderón, Jiménez Godínez ofreció el año pasado pagar propaganda panista en Campeche con cargo al presupuesto de la Lotería Nacional, que dirigía entonces por obra y gracia de Elba Esther Gordillo. Fue depuesto, no por su tentativa delictuosa sino por el fracaso de la misma, pero no se le siguió causa penal ninguna. La fiscalía de delitos electorales, de la Procuraduría General de la República, lo exoneró no obstante la contundencia de la acusación. Se comprende con mayor claridad que así sea, por el ahora notorio vínculo del embajador y su ministro consejero. Así se corrompen las instituciones.

miguelangel@granadoschapa.com

**En contraparte
a los yerros recientes
de la Cancillería queda
el testimonio de la
calidad del trabajo que
desempeñó el recién
desaparecido Carlos
Rico Ferrat.**